ALBORES

DE ESPIRITU

Puente natural sobre uno de los canales ruidereños. (Foto A. Merlo Delgado).

TOMELLOSO, agosto de 1948

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Albores . #22. 8/1948.

Sumario

HABLEMOS TAMBIEN DE SALVATIERRA, por E. AGOSTINI; página, 3.—MIESES Y PARVAS: *Instantáneas de la siega en Tomelloso*; página, 8.—CATORCE VERSOS A UN AMIGO, por JUAN ALCAIDE SANCHEZ; página, 9.—YO QUISIERA..., *poesía*, por A. SANCHEZ SIERRA, página, 10.—LA POESIA DRAMATICA DE MARQUINA, por JOSE S. SERNA; página, 11.—ASPECTOS DE RUIDERA, *reportaje gráfico*, por ANTONIO MERLO DELGADO, páginas, 12 y 13.—LA CITA DE LA PASTORA, *poesía*, por JOSE LUIS BARREDA TREVIÑO; página 14.—EL CARDENAL MONESCILLO Y CERVANTES, por BERNARDO VILLAZAN ADANEZ; página, 15.—LOS MINEROS DE ALMADEN EN INGLATERRA, *nota informativa*, página, 17.—LA PROSECUCION DE UNA LINEA, por EMILIO RUIZ PARRA; página, 18.—«MAS QUE VOZ, MAS QUE ALA, MAS QUE FILO...», por FERNANDO CALATAYUD DE CACERES; página, 21.

Año III

Agosto, 1948

Núm. 22

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Albores . #22, 8/1948.

Albores
DE ESPIRITU
Revista mensual de exaltación manchega
Fundada por Bodegas Santa Rita, González Lomas, S. L.
— DIRECTOR: Francisco Adrados Fernández —
AÑO III TOMELLOSO, agosto de 1948 NUM. 22

Hablemos también DE SALVATIERRA

HABRAS de perdonarme, querido amigo Julián Alonso, que difiera para otra ocasión el hablarte con alguna prolijidad del artesonado de la Iglesia Parroquial de Almodóvar, que tanto te gustó y tan bien reprodujiste. Es tema que no tengo aún agotado, dentro de lo que cabe agotar tales temas. Para hacerme merecedor de tu perdón, te hablaré hoy de otras cosas, de algo que bulle en mi cerebro desde hace exactamente veinticinco años, cuando nuestro querido amigo y compañero José Serrano me decía: —«Fíjate bien. El desfiladero... A ambos lados las dos fortalezas. A Levante, la árabe Salvatierra con aparente flojedad de líneas, acechadora, solapada, encubriendo el golpe traicionero; enfrente, la castellana, Calatrava la Nueva, con todo su empaque, con la arrogancia del gallo que reta a su enemigo. Este paisaje es toda una lección de Historia sobre el camino de Andalucía.» Verdaderamente, olvidando que las dos fortalezas no coexistieron jamás, son sugestivas las palabras de Serrano: sugestivas y reivindicadoras.

Ignoro por qué, pero a nadie más he oído ocuparse de la significación pretérita de Salvatierra. Artistas e investigadores, todos olvidan sus complicadas ruinas, para extasiarse en la contemplación de las del Sacro Convento de Calatrava.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Albores . #22, 8/1948.

Las ruinas de la fortaleza de Salvatierra en el estado en que se encontraban cuando fueron vistas por Parcerisa, hace casi un siglo, en 1853. Al fondo, las ruinas del Sacro Convento.

cuya historia es conocida con suficiente detalle y, por cierto, registra escasísimos momentos de verdadero interés nacional. En cambio, falta hacer la historia de Salvatierra, y es posible que con estas líneas no pretenda yo otra cosa que llamar la atención de los que podrían hacerla. Poco, muy poco, sé de ella; pero quiero recordarlo a grandes rasgos para justificar algunas de mis afirmaciones, que—bueno será declararlo—no encierran intención polémica.

La capitalidad de la Mancha pasa a Calatrava la Vieja sin duda por defección del Obispado de Oreto (a poca distancia de Granátula). Calatrava se muestra ya en los albores del siglo IX con una considerable potencia militar: su gobernador consigue nada menos que reducir a Toledo. Diez y seis años después los toledanos de Síndola toman la revancha, destruyendo la fortaleza, que es después reconstruída por los cordobeses del severo emir Mohamed. En 888 los calatraveños intervienen en la devastación de Granada, unidos a los guerreros de Jaén y Regio. Calatrava duerme, después, un sueño paradisíaco durante los buenos tiempos del Califato, sueño feliz que dura hasta su conquista, en 1012, por los berberiscos, los mismos bárbaros que asaltaron Córdoba y degollaron al biógrafo Aben Alfaradhí. En 1033 un tejedor de esteras de Calatrava, llamado Jalaf, intenta suplantar al califa Hixem, con el que tiene gran parecido físico; pero es descubierto y reducido por los toledanos, después de extinguida una breve dependencia feudal de Calatrava con subordinación a Murcia en tiempos de Zohair (1018). En 1075 y 1079, su gobernador es Ben Ocaxa, posible fundador de Abenójar.

Al poco tiempo, en 1147, suena ya el nombre de Salvatierra. Salvatierra y Calatrava caen a la vez al empuje de las huestes de Alfonso VII. Salvatierra, mirada de Norte a Sur, es la fortaleza que protege y cubre la retirada de los calatraveños; de Sur a Norte, es el primer baluarte de la capitalidad de la provincia. Salvatierra y Calatrava son dos fortalezas predestinadas a una mutua protección o al más enconado antagonismo. Salvatierra se informa por la Atalaya, torreón situado en lo más alto de la sierra, desde el que se descubre todo movimiento de tropas hostiles, en directa comunicación óptica con Puertollano, Almodóvar y Navalmoro. Alfonso VII se interesa en conservar las fortalezas, Calatrava y Salvatierra, en su poder, y las encomienda a la Orden del Císter; pero diez años después los musulmanes llegan de nuevo hasta sus muros, y entonces cristaliza el proyecto de creación de una Orden protectora del Campo. Y surge la Orden de Calatrava.

Renuncio, remitiéndome a momento más oportuno, a enumerar las definiciones de esta institución. La Orden consigue defender las dos fortalezas en 1664 y sostenerse precariamente ante los nuevos ataques musulmanes, con lo que la guerra se traslada a los territorios de Almodóvar, Caracuel y Fuencalda (Fuencaliente). En 1173, la guarnición de Salvatierra impide el primer cisma de la Orden, provocado por la crueldad del maestre Pérez de Siones, haciéndose por primera vez merecedora de la mayor veneración por parte de los freires de Calatrava. En 1191, el maestre

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Albores . #22, 8/1948.

Nuño Pérez de Quiñones, dispone el abastecimiento del Castillo de Salvatierra, trofeo de guerra considerado ya como algo definitivo. Pero es en vano: en 1195 los ejércitos de Almanzor y Jusuf se apoderan de Salvatierra, de Calatrava y de toda la provincia, coronando la empresa con la transcendental victoria de Alarcos. Tres años después, el maestre Martín Martínez, avergonzado de ver la capitalidad del Campo bajo el signo de la Media Luna, flanquea Calatrava y se apodera por sorpresa de Salvatierra, informado por un moro cautivo de lo escaso de su guarnición. Entonces sí que es el momento culminante de la historia de Salvatierra, sede de la Orden, aislada, rodeada por los berberiscos de Calatrava, Almagro, Almuradiel, Almedina, Almodóvar, Caracuel, Benavente y toda la provincia; momento merecedor, no de enfermizas elegías, sino de las más recias odas del estro hispánico. Y esto ocurre en 1198. La Orden adopta el nombre de ORDEN DE SALVATIERRA. Ocho años después, el 1206, los moros consiguen apoderarse de la fortaleza, y entonces la Orden se retira a Zorita en espera de mejores tiempos.

Infructuosos son los esfuerzos de los calatravos por recuperar el territorio con sus solos medios. Afortunadamente la amplísima campaña de Alfonso VIII en 1212 decide la liberación definitiva del solar manchego. Benavente, Caracuel, Almodóvar, y Fuencalda, son abandonados por los berberiscos, sin lucha. En cambio, Salvatierra resiste, resiste por última vez con gesto heroico, y la Media Luna de sus torres no es abatida hasta que los cristianos resuelven prolongar el asedio, erigiendo una nueva fortaleza en las peñas del Mediodía, a la que llaman CASTILLEJO DON ALONSO. Cae Salvatierra, y todo el campo queda para los calatravos, asegurado por la difícil victoria de las Navas de Tolosa. ¿Qué puedo decirte de ella que no sepas mejor que yo?

Al fin, el Campo queda para la Orden, que deja de llamarse «Orden de Salvatierra», nombre que la ha honrado durante catorce años, para volver a tomar su primitiva denominación. Con mayor sosiego y menos apremio, renuncia a la reconstrucción de sus antiguas fortalezas de Calatrava y Salvatierra, que deja abandonadas y emprende la construcción de una nueva sede. Aun, en 1245, se ocupará el Bulario de la Iglesia de Calatrava la Vieja, pero ya no volverá a mencionarla jamás. Salvatierra y su Atalaya cederán a las leyes del Destino, que son las de la gravitación universal. En lugar de todo ello, en 1216, el maestre Martín Fernández de Quintana acomete la construcción de Calatrava la Nueva, Sacro-Convento, Monasterio-Fortaleza inexpugnable que se erguirá omnipotentemente entre tantas ruinas de antiguos castillos árabes diseminados por la provincia, y que en realidad sólo tendrá aplicación en miserables guerras intestinas completamente extrañas a la epopeya nacional.

Es, por lo tanto, un curioso caso de sugestión colectiva el de la fascinación que producen en el observador las actuales ruinas del Sacro-Convento, y se explica solamente por su estado de conservación, muy superior al de las otras dos históricas fortalezas. También Salvatierra ha tenido, allá por el siglo XVI, sus lienzos de murallas mucho más considerables que en la actualidad, cuando España estaba ocupada en temas de odas de carácter más universal. La sugestión, sin embargo, alcanza, no sólo al vulgo, sino aun a personas tan eminentemente eruditas como Inocente Hervás, el mejor cronista de la provincia de Ciudad Real. Su obra es imperfecta, como toda obra humana, pero constituye la labor más concienzuda e inteligente desarrollada hasta la fecha acerca de la geografía y la historia de la provincia. Al ocuparse de las ruinas del Sacro-Convento, siente inflamada su fibra sensible de artista, cosa poco frecuente en él, y desahoga su entusiasmo con el siguiente párrafo (te ruego le prestes mucha atención): *«Asombro y casi pavor infunden aún hoy día al viajero las imponentes ruinas del Sacro-Convento. Los fuertes muros suspendidos sobre el penoso y estrecho sendero que serpea en derredor de la montaña, incrustados en la áspera roca, y con ella confundidos por un mismo color y dureza, y las altas torres coronadas de almenas, que en triple cerca ciñen el recinto, donde se alzan majestuosos y arrogantes los restos de la soberbia iglesia, del convento de los religiosos y del fuerte o altivo castillo, dan a Calatrava tal as-*

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Albores . #22, 8/1948.

pecto de severidad y grandeza, que la fantástica imaginación al verla cree presenciar los rudos combates, oír los furibundos golpes de las máquinas de guerra, y le parece ver a los fuertes caballeros que con agilidad de gamos y esfuerzos de leones rechazaban al enemigo común que venía a turbar la paz de aquella majestuosa soledad. Bien es verdad que lanzados los sarracenos al otro lado de la Sierra Morena y arrollados por el irresistible empuje de las armas cristianas al centro de las comarcas andaluzas, lejos de la Mancha, en son de guerra, no llegaron al pie de los sólidos muros de esta fortaleza, la que no presenció otras luchas que las nacidas de los caballeros al disputarse el Maestrazgo, primera dignidad de la Orden."

Resulta casi emocionante ¿verdad? Angel Dotor, en su bellísima obra «Don Quijote y el Cid» (1928), transcribe íntegro el párrafo, sin más modificación que la de suprimir algunos de esos acentos que se empleaban en el siglo pasado y hoy están en desuso. Ya ves, pues, lo que escribía Hervás en 1890. Figúrate entonces mi sorpresa al examinar la famosa «Crónica General de España», dirigida por el académico de la Historia, Cayetano Rosell y compuesta en once voluminosos tomos, y ver que en la reseña de la Provincia de Ciudad Real, su autor, José de Hosta, después de hablarnos del ímprobo trabajo que le ha proporcionado la redacción de la crónica, nos obsequia con una descripción del Sacro-Convento que contiene el siguiente párrafo (te ruego le prestes tanta o más atención que al de Hervás): "*Asombro y casi pavor infunden, aún hoy día inofensivos y abandonados, los muros suspendidos a enorme altura sobre la angosta senda, incrustados en la tajada roca y confundidos con ella por un mismo color y dureza. La fantástica imaginación ve estrellarse contra el descarnado pedernal de la triple cerca al pie de sus numerosas torres, construídas para rudos combates, furibundos golpes de máquina, altas llamas nutridas de pez, guerreros con agilidad de gamos y esfuerzos de leones; diríase que la fortaleza se hizo a prueba de asalto de gigantes: bien que los sarracenos huían ya arrollados muy lejos de la comarca y no la alcanzaron otras guerras que los cismas de los maestres que se disputaban con el acero su posesión cual título de legitimidad.*"

Este párrafo está fechado en 1865, es decir, veinticinco años antes de la aparición del *Diccionario* de Hervás. Desde luego, no me negarás que el parecido es asombroso y casi pavoroso... Hervás, el mejor cronista de la provincia, ¿podía resultar un simple plagiario? Así, por lo menos a primera vista, parece demostrado. Pero, como en esta vida no ganamos para sustos y sorpresas, figúrate mi perplejidad, casi mi terror, al dar con otra publicación, también en once tomos, titulada «Recuerdos y bellezas de España», obra escrita y documentada por J. M. Quadrado, abundante, como la anterior, en esmerados dibujos (incluídos los de Salvatierra), fechada en 1853, y con un párrafo que, copiado a la letra, dice así: «*Asombro y casi pavor infunden, aun ahora indefensos y abandonados, los muros a enorme altura suspendidos sobre la angosta senda, incrustados en la tajada roca y con ella por un mismo color y dureza confundidos. En el descarnado pedernal de la triple cerca, al pie de sus numerosas y diversas torres, para rudos combates fabricadas, allí ve estrellarse la fantasía golpes de máquinas furibundos, altas llamas de pez nutridas, guerreros con agilidad de gamos y esfuerzos de leones; diríase que la fortaleza se hizo a prueba de fendientes hercúleos y asaltos de gigantes; bien que ya los sarracenos huían arrollados muy lejos de su comarca y no la alcanzaron otras guerras que los cismas de los maestres, que se disputaban con el acero su posesión cual título de legitimidad.*» Te ruego te fijes en este párrafo aun más que en los anteriores. ¿Habrán sido dos los plagiarios, primero Hosta y luego Hervás?

Supongo que no te precipitarás en tus juicios. Repugna pensar que Hervás necesitara tomar de pluma ajena lo que tan fácilmente podía extraer de la propia. ¿Entonces?... Entonces, lo primero que procede es volver a leer en orden inverso los tres párrafos, es decir, en su orden natural. El primero es hiperbólico en grado sumo, como escrito por una pluma juvenil mojada en pez hirviente, y no resulta bello, a pesar de su dicción castelariana. El segundo deshace algún hipérbaton, suprime lo de los «fendientes hercúleos» e introduce alguna otra leve modificación

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Albores . #22, 8/1948.

(de uno a otro han transcurrido doce años). Finalmente, el tercero, el que firma Hervás y acertadamente transcribe Dotor, da un retoque general a todo el contenido, rechaza lo de los «gigantes» y otros restos de hipérbole, y queda en un párrafo correcto para su tiempo. A mí, sinceramente, me da la impresión de que los tres párrafos proceden de una misma pluma, precisamente de la de Hervás, que, ya conocido en su juventud por su capacidad para los estudios históricos, sería solicitado como informador por los cómodos académicos de Madrid, y en el transcurso de treinta y siete años limitaría sin cesar sus propias palabras, sin renunciar a lo de los «gamos y leones», que se ve que le gustaba y terminaría por dar la última mano al párrafo que ha merecido los honores de la transcripción. Dirás tal vez que mi afirmación es gratuita; pero es posible que algo tenga que ver con las declaraciones de Hosta, en el sentido de que su labor habría sido casi imposible si no hubiera contado en la provincia de Ciudad Real con algunos amigos «que le han proporcionado antecedentes»... ¿Nada más que antecedentes?... ¿Qué opinas tú? ...Por otra parte, ¿qué otra figura encontramos en la Mancha del siglo pasado? ¿Delgado?... Es más restringido que Hervás. ¿Blázquez?... Es una cosa muy distinta... Y ambos, más modernos, bastante más.

Ruinas del Castillo de Salvatierra vistas desde la fortaleza de Calatrava la Nueva. (Foto Merlo Delgado.)

Opino, pues, que el párrafo en todas sus variantes, procede exclusivamente de Hervás, que, al igual que Serrano, parece lamentar que no hayan tenido realidad los combates épicos que exalta con entusiasmo. Y no deja de tener cierta gracia la espontánea rectificación del autor al confesar que tales combates no existieron jamás... Sugestión, sugestión colectiva... ¿Sabes que me inclino a creer que quien la produce es algo que irradia de la arruinada Salvatierra y que prende en el espíritu del contemplador, trastornándole hasta el punto de moverle a atribuir a Calatrava una emoción totalmente producida por Salvatierra?

También me parecen desproporcionadas las censuras que Hervás dirige a los caballeros de Calatrava por el abandono del Sacro-Convento hace casi un siglo y medio. El siglo XIX no era el siglo XIII. El mundo y la concepción de la vida han variado muchísimo en seiscientos años. Las disposiciones de Carlos I sobre fortalezas; la desembocadura natural de la actividades de los freires de Calatrava en el mundo y en el siglo por Almagro; la fundación de la efímera Chancillería de Ciudad Real; la creación de Rinconadas y Alcaldías Mayores en el Campo de Calatrava; la decadencia de la clase hidalga, iniciada en los Austrias y precipitada y consumada en los Borbones; la oposición de estos mismos a las Manos Muertas; todo fué causa de que paulatinamente y en el transcurso de tres siglos los calatravos fueran despegándose de su última casa en despoblado y aficionándose a la mayor seguridad que les ofrecían las villas y las ciudades.

Resumiendo, mi querido amigo, entiendo que es injusta la admiración a Calatraca la Nueva, cuando por ella se posterga a Salvatierra y a Calatrava la Vieja,

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Albores . #22, 8/1948.

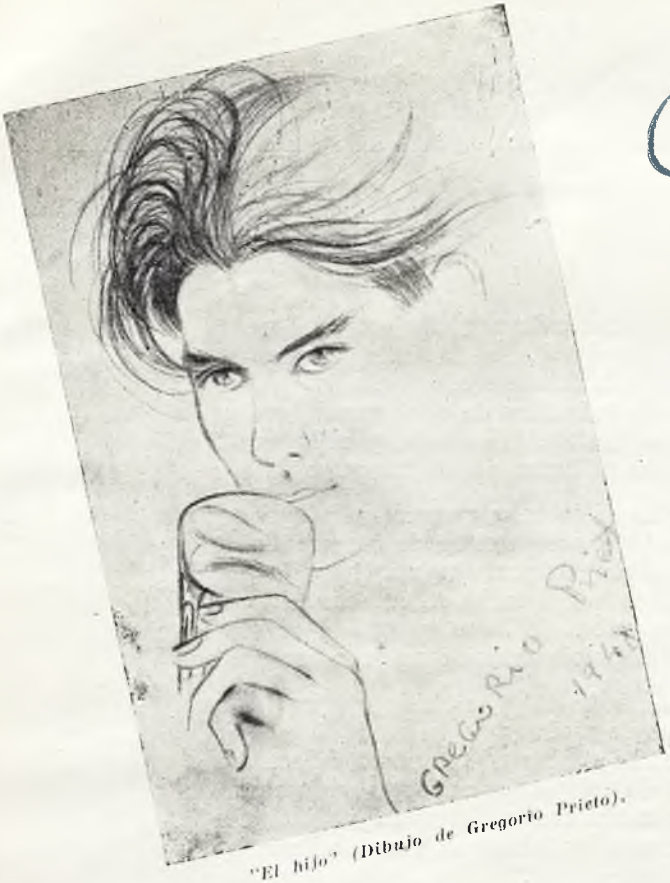
cuyas historias hay que rehacer estimulando a ello, antes que hayan desaparecido del todo, la actividad de los eruditos e investigadores.

Asombro y casi pavor... Es cierto, sí; pero no por evocaciones de algo que no ha existido jamás, sino por las épicas jornadas de Salvatierra. Concretemos más: Calatrava la Vieja es la narración oriental entre Toledo y Córdoba, un Guadiana entre un Tajo y un Guadalquivir completamente musulmanes. Salvatierra es la epopeya de la Cruz y la Media Luna, la «mise en scene» de una Orden Militar, el entreacto que separa las tragedias de Alarcón y las Navas de Tolosa. Calatrava la Nueva, en cambio, no es más que la miserable guerra fratricida, odiosa, repugnante e intranscendental. ¡Salvatierra, Salvatierra!... ¿Dónde se ha visto en territorio hispano, dentro de un radio de media legua, una atalaya, una fortalza árabe y dos baluartes cristianos? ¿Qué habrá tenido Salvatierra para merecer tanta atención?... Desgraciadamente, esta España que se ha olvidado de Lepanto y de San Quintín para recrearse en el recuerdo de Numancia y de Trafalgar, es injusta con las venerables ruinas de Salvatierra, que se derrumban, que desaparecen, que volverán a ser planicie... Y en la planicie reverdecerán los matorrales...

¡Qué lástima...!

E. Agostini.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Albores - #22, 8/1948.



"El hijo" (Dibujo de Gregorio Prieto).

Catorce versos a un amigo

Mira ascender tu rama... Caudal tuyo,
mi vida te la diera por ser mío.
¡Dios bendiga la fuente que hace río!
¡Dios salve aquel rosal que da capullo!

Bien puedes caminar lleno de orgullo,
sabiéndote macizo el poderío.
¿Qué pájaro te niega el mejor pío?
¿Qué viento no te endulza su murmullo?

Más que Homero eres tú. La lira entera
no vale esa preciosa tolvanera
que en el torso de un hijo se decanta.

¡Mira cómo se eleva tu espesura!
¡Qué vuelo de tu sangre! ¡Qué hermosura!
Tu ayer, como un Aquiles, se levanta.

Juan Alcaide Sánchez.

Agosto, 1948.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Albores . #22, 8/1948.

Yo quisiera...

A la memoria de mi tío Francisco

Vivir en una casa con una gran solana
donde la luz del día, al nacer la mañana,
la tocara en la frente con su beso de miel,
y añorando episodios de mis horas pasadas
recorrer sus estancias umbrías y calladas
apoyado en el brazo de algún amigo fiel.

Tener un viejo huerto como un vergel cerrado
y para mí tan sólo, dentro de su cercado,
guardar como un perfume su divina emoción.
¡Un nombre y una fecha en cada árbol que crece,
y en las noches de luna, cuando el viento los mece,
que todo él palpitara como un gran corazón!

Ser dueño de unas cepas de gloriosa solera,
henchidas de racimos del color de la cera
con plenitud gozosa de exquisito dulzor,
y en los días de otoño calientes y dorados
guardar en mi bodega los vinos perfumados
y llevarme a los labios un vaso de licor.

Entretener los ocios con algún libro nuevo
las noches invernales, sentado junto al fuego,
en mi austero aposento de hidalgo labrador.
Sobre la chimenea, la escopeta colgada,
encima de la mesa el *Kempis* y la *Iliada*
y a mis pies, dormitando, un lebrel cazador.

¡Que lo mismo en mis gozos como en mis sinsabores,
en los días de prueba y en las horas mejores,
sentirme cobijado por el Supremo Bien.
Y en el silencio augusto de los camos dormidos
ofrecerle del alma los íntimos latidos
y rezarle con versos de Nervo y de Rubén...!

Y, al cabo de los años, cumplida mi jornada,
con el cuerpo rendido, pero el alma templada,
y en mi frente marcadas las horas del dolor,
decirle adiós a todo en medio de mi gente.
y, sin temor a nada, morirme dulcemente
teniendo entre los labios el nombre del Señor.

A Sánchez Sierra.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Albores . #22, 8/1948.

La poesía dramática

DE MARQUINA

EN anterior comentario, que prometimos concluir, decíase que Eduardo Marquina no era poeta lírico, sino poeta dramático. El auténtico Marquina está, efectivamente en «Las Hijas del Cid», en «Doña María la Brava», en «En Flandes se ha puesto el Sol», en «El rey trovador», en «El Gran Capitán»... Y ésta,—después ya veremos que tiene importancia este *después*—en «El pobrecito carpintero», en «Fruto Bendito», en «La ermita, la fuente y el río», en «Fuente escondida», en «La vida es más», en «Lo que Dios no perdona»...

Subrayábamos, cuán justa, exactamente, se le llamó poeta de la raza. Porque los personajes marquinianos erguíanse sobre la escena universal con todas las virtudes y todas las gallardías y todos los sueños de la raza española, invencible aun después de la derrota, caballerosa e hidalga siempre en sus victorias Que si «no puede esclavo ser—pueblo que sabe morir», tampoco es digno de la victoria que logró quien rompe la espada que el vencido le entrega, y le arroja al rostro los pedazos—digámoslo así, recurriendo a un simbólico eufemismo—. Ello explica que las gentes de fuera hayan tomado siempre tan en serio nuestro buen teatro histórico o legendario; por cuanto la fantasía, emprendiendo sus vuelos hacia el más alto cielo de lo poético, arrancaba, invariablemente, de realidades de las que tales gentes no podían dudar. La frase más tronante, el verso más altanero, nunca pudieron achacarse a fanfarria. Los cañonazos poéticos, por decirlo así, de Bernardo López no eran sino el renovado eco de los que realmente habían sonado, atronando oídos extranjeros. Es la respuesta que da eternamente Castilla, la que «face sus omes e los gasta».

Mas después—he aquí el interesante después—Marquina vuelve los ojos a la realidad circundante, y es entonces cuando comienza a crear hombres en lugar de personajes, adentrándose en un teatro sencillamene humano. Cumbre representativa de esta segunda época marquiniana, es *La ermita, la fuente y el río*. «Es la verdadera tragedia rústica», afirmó Manuel Machado; añadiendo: «cuando las figuras dramáticas encarnan cada una un aspecto de alma campesina, los personajes pueden ser tan *heroicos* como los mismos semidioses». Creemos, por nuestra parte, que los hombres y las mujeres que en esta obra cruzan la escena, no son «personajes». «Personas del drama» les llamó el propio Marquina, recordando la clásica denominación.

En definitiva, debemos a Marquina la dignidad del teatro—en verso—contemporáneo. Excepciones, sí, las obras de los Machado, las primeras de Ardavín (de las últimas, ¡líbranos Señor!) y hasta alguna de Dicenta. Todo lo demás, atentados literarios de Manzano, Góngora, Serrano Anguita y Compañía.

«En la gran constelación del Siglo de Oro—escribe Pérez de Ayala—fulguran varios nombres gloriosos: Lope, Calderón, Tirso, Alarcón, Guillén, Rojas, Moreto. Pero, salvo Lope y Calderón (y acaso Tirso), los demás, aunque admirables dramaturgos, no eran poetas dramáticos, ni pretendían serlo, bien que escribieran en verso, por imperativo de los gustos de la época. Desde Calderón y Lope tenemos que dar un brinco más que regular hasta caer en Zorrilla... Y de entonces acá, Marquina. En resolución: supuesto que los excelentes poetas dramáticos de la literatura española no pasen de la media docena, uno de ellos es Eduardo Marquina. En esta conclusión no hay hipérbole.. Creo que la suscribirá el historiador literario más ponderado y severo.»

Eduardo Marquina, como Jacinto Benavente, tiene bien ganado su puesto en la historia de nuestra literatura. Encierra, después de todo, una triste ironía que a la gloria se llame «el sol de los muertos». A los muertos, se les perdona fácilmente que hayan sido geniales.

José S. Serna.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Albores . #22, 8/1948.

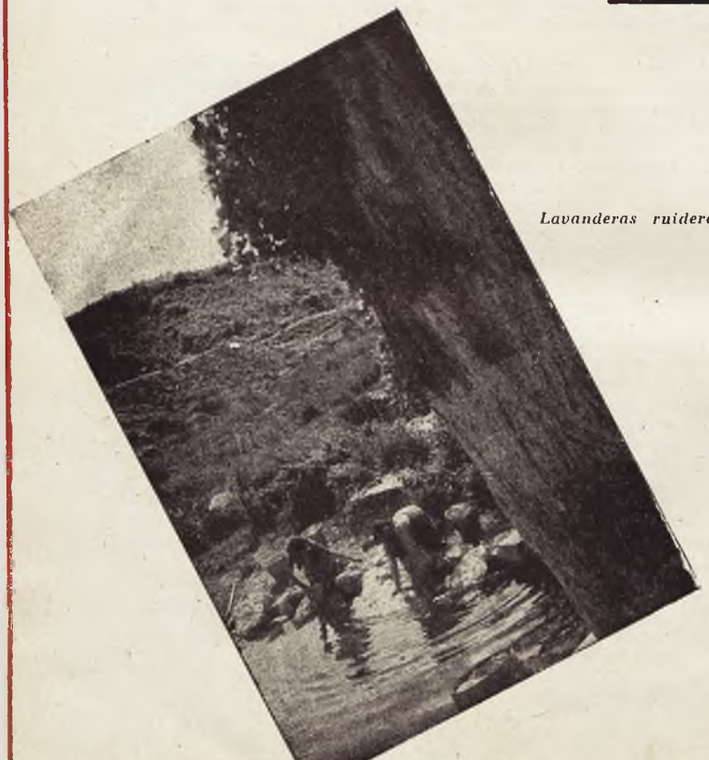
Vista general de Ruidera.

El espejo de las aguas.

Una típica calle.

Aspectos de Ruidera

Reportaje gráfico, por Antonio Merlo Delgado.



Lavanderas ruidereñas

Las aguas escapadas de un canal huyen hacia las lagunas.

Entrada a un jardín

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Albores. #22. 8/1948

Bucólicas

La cita de la pastora

Al insigne poeta D. José Fuentes Ruiz

Se pierde en el infinito
el mirar de la pastora;
el sol con sus rayos dora
los cristales del granito.
Bajo el olmo favorito
la pastora espera y ama,
oye al zagal que la llama,
su boca se hace sonrisa
y, mientras, juega la brisa
con el perfil de la rama.

Parece una porcelana
la pareja en la campiña;
está el racimo en la viña
adornando la mañana;
regala la mejorana
la suavidad de su aroma;
un galgo en el cerro asoma;
quema el sol, es medio día,
y huye a ocultarse en la umbría
un lebrato por la loma.

Se ha escondido la mañana
para dar paso a la tarde,
la antorcha del amor arde
y a la pastora galana
cubren el rostro de grana
las palabras del mozuelo...
Allá, en el espacio, el vuelo
de una paloma que sube
en pos de la blanca nube
que se deshila en el cielo.

Muere la tarde... anochece,
el zagal vuelve a la aldea,
la luna el olmo platea,
la brisa su copa mece.
La moza desaparece
camino del caserío;
quiebra la canción del río
el silencio del ambiente
y a la flor brinda el relente
las perlas de su rocío.

José Luis Barreda Treviño.

(Dibujo de López Villaseñor.)

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Albores . #22, 8/1948.

El Cardenal Monescillo y Cervantes

Una oración fúnebre en honor del Príncipe de los ingenios.

A Don Francisco Pérez Fernández, maestro en la Historia y en el Periodismo, con la admiración del que sigue sus pasos en su caminar y deseo por que la Mancha suba...

MULTA vidi errando et plurimas verborum consuetudinem.»

En el recinto sagrado suena una voz suave, pastosa, entonada con unción evangélica. Sobre los circunstantes, presididos por la Real Academia Española, corre un vaho de curiosidad creciente.

La voz sigue diciendo:

«Vi muchas cosas cuando peregrinaba y observé gran diferencia de idiomas.» Palabras que se leen en el libro del Eclesiástico, capítulo treinta y cuatro, versículo doce.

«Señores: A todos nos preocupa hoy un mismo pensamiento, se ve embargada la imaginación de todos nosotros al recuerdo de las mil nobles figuras que parece levantar vivas, del silencio de los sepulcros, el aparato fúnebre que nos rodea.»

El que habla llama la atención porque viste hábitos episcopales. Es de noble porte, prócer estatura, ademanes elegantes, continente grave, lleno de apostura y dignidad. Viene precedido de gran fama, no sólo de acreditado y meritísimo predicador, sino de ser doctísimo maestro en la lengua castellana, experto buceador en la índole de nuestra literatura, conocedor en extensión y profundidad de nuestros clásicos, escritor de estilo pulido y brillante, como lo demuestran sus pastorales y sus artículos en la prensa, y, en suma, el más indicado para predicar en las honras fúnebres en sufragio de Miguel de Cervantes y demás ingenios españoles.

El rostro malicioso de Bretón de los Herreros, a la sazón secretario perpetuo de la Corporación, que preside el acto, puede sonreír. Su obispo, el de Calahorra-La Calzada, doctor Monescillo y Viso, es el que ocupa la sagrada cátedra de la iglesia

El Cardenal don Antolín Monescillo. (Reproducción del dibujo, al natural, publicado en la «Crónica General de España» de Hosta. Año 1865)

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Albores . #22, 8/1948.

de las Trinitarias de Madrid en este 28 de abril de 1862. El ojo derecho, el otro lo perdió en un duelo, del comediógrafo logroñés, expresivo y picaresco, denota una intensa satisfacción interna.

... ...

No es desconocida, ni mucho menos, la personalidad del predicador. Se sabe que es manchego, de la villa de Corral de Calatrava, en la provincia de Ciudad Real; que su origen fué humilde; que fué alumno del Seminario de Toledo, donde cursó sus estudios, en los que obtuvo las máximas calificaciones, y profesor de Teología Pastoral en dicho centro metropolitano, más tarde; que cantó su primera misa en la iglesia de Santa Cruz, de Madrid; que en la capital de España fué colaborador asiduo de «El Católico» y «El Pensamiento Español»; que ocupó el Vicariato «vere nullius» de Estepa, y que después de disfrutar una canonjía en Granada y la dignidad de maestrescuela en Toledo, en 1861 fué promovido a la sede de Calahorra.

... ...

El doctor Monescillo ha trazado con mano maestra el retrato espiritual de Cervantes. La última pincelada es la que pone fin a la introducción: «...Nacido nuestro Cervantes de antiguos cristianos españoles, se adelanta resuelto y camina gozoso por entre todas las cuestiones peligrosas, siguiendo el acertado rumbo de la escuela cristiana. Pensando en español, habla castellano, y su pensamiento, como su palabra, es fijo, determinado y reflexivo. Ni acaso, ni duda, afirmaciones valerosas y seguros conceptos.»

Insiste en la idea crucial de su sermón, «el comercio íntimo y perpetuo que tienen las Letras con la Religión», y dice que «ni Lope de Vega, ni Calderón, ni Moratín, ni los Argensolas, ni Góngora, ni Quevedo—a quienes llama anteriormente con expresión felicísima, «mayorales de la lengua»—habrían sido tan clásicos, tan españoles, ni ahora serían tan buscados y leídos como son, a no haber formulado sus varios proyectos bajo la idea noble de un puro españolismo».

Recorre después con palabras elocuentísimas los príncipes de nuestra Mística, la sumisión del Arzobispo de Cambray, Fenelón, como contraste con los ingenios españoles que escriben sin errores religiosos; párase después contemplando el sufrimiento de Cervantes, sufrimiento que no es un segundo valor, como dijera Solís, sino valor primario y fundamental, y cuando dibuja las condiciones que el sublime manco imponía a la Poesía, la expresión, feliz de suyo, del señor obispo, llega en este instante a la cumbre de su grandeza: «Queríala (la Poesía) recatada, no callejera; huyendo de las plazas y del bullicio; señora, y no pródiga de su presencia.»

Es brillante la descripción de la batalla de Lepanto, tomando como base la del padre Mariana. El período más destacado de toda la oración es el que sigue: «En esta gloriosa jornada para las galeras españolas, no cupo a nuestro Cervantes la parte de ventura, de fiestas y regocijos, a los que con razón se entregaron los bravos soldados que a las órdenes de Marco Antonio Colonna, de don Juan de Austria, del príncipe Juan Andrea Doria y el marqués de Santa Cruz, don Alvaro Bazán, alcanzaron gloria para las armas españolas y renombre para sus capitanes. Allí, en las aguas de Lepanto, corrió tostada de la mano derecha de nuestro Cervantes, la sangre generosa del más cumplido caballero y del más bravo soldado.»

... ...

El sermón ha concluído. La erudición y rara competencia del prelado manchego han quedado bien de manifiesto. Los que le designaron académico correspondiente de la docta Corporación y los que le encargaron la oración fúnebre, dieron en la diana. Los comentarios son abundosos y encomiásticos. «El final—se dice—ha sido una cascada de palabras.» «Lucidísimas las metáforas», dicen en otro grupo. Y en otro corrillo: «La alusión a Martínez de la Rosa es lo que más ha gustado»; a lo que arguye una nueva voz: «El párrafo dedicado a Ercilla es el de más impresionante belleza»...

Toda la oración fúnebre es un modelo de bien pensar y bien decir. La autoridad y prestigio de Monescillo han subido muchos enteros. En este día abrileño de 1862, las conversaciones sobre O'Donnell, a la sazón jefe del Gobierno, languidecen. La

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Albores . #22, 8/1948.

atención del Madrid letrado y culto, ocúpala don Antolín Monescillo Viso, prelado manchego.

Las mal pergeñadas líneas que anteceden justifican, en parte, la creciente admiración que siempre he sentido por este Príncipe de la Iglesia. Oriundo de la misma villa que le viera nacer, conozco por tal circunstancia hechos que por tradición corren de boca en boca entre los habitantes del pueblecito calatravo. Viene todo ello a desembocar en un creciente interés por todo lo que de Monescillo se trate. Hora es de que nuestros valores se recuerden con frecuencia y valor es el que fué obispo de Jaén, arzobispo de Valencia, arzobispo primado de Toledo, patriarca de las Indias y el único manchego que vistió la púrpura cardenalicia.

Queden para otros empeños, que requieran tiempo y ciencia, muy escaso ando en el uno y la otra, las restantes facetas de su vida. Una biografía publicó «La Cruz» en el año 1895, todavía en vida del excelentísimo cardenal. ¿Habrá algún manchego que se decida a completarla o, acaso más audaz, pretenderá sacar a la luz pública otra nueva?

Finalmente, una pregunta más; puede contestarla el arbitrio de cada cual: ¿Son bastantes para honrar la memoria del único Príncipe de la Iglesia que ha nacido en nuestra provincia, el retrato que figura en el salón de actos del palacio de la Diputación y que su nombre se haya dado a unas calles en la capital y en algunos—contados—pueblos de la provincia?

Bernardo Villazán Adánez.

Los *mineros de Almadén* en *Inglaterra*

BAJO la dirección del maestro Cardeñosa, la Masa Coral formada por los mineros de Almadén ha tomado parte recientemente en el Certamen Internacional de Langollen (Escocia). La actuación brillantísima de nuestros comprovincianos ha merecido unánimes muestras de simpatía en Inglaterra y en España. Al destacar esta noticia desde las páginas de ALBORES expresamos nuestra admiración hacia este orfeón que tan alta reputación ha dado a nuestra tierra.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Albores . #22, 8/1948.

La prosecución de una línea

(Tríptico pictórico de Gregorio Prieto).

Por Emilio Ruiz Parra

GREGORIO Prieto se va de entre nosotros dejándonos abierta la esperanza de su promesa: esta su *querida tierra,* nuestra Mancha, donde dió sus pasos primeros, le tendrá de nuevo en medio de sus campos y de sus tierras, jugando con las hélices ariscas de sus molinos, bañándose en la cal de sus ventas.

Es buen amigo nuestro este gran maestro de la pintura, y éste va a ser nuestro adiós... *provisional.* Porque Prieto cumplirá su promesa.

De cómo este pintor nacido en Valdepeñas, la gran ciudad que siempre caminó en vanguardia en el movimiento artístico de estas tierras de Don Quijote y Sancho, y hoy mundialmente famoso, ha seguido su trayectoria pictórica hasta alcanzar el lugar prominente que hoy ocupa en nuestra pinacoteca, nos hablan bien claramente estos tres magníficos cuadros que hoy, gracias a la amabilidad de su autor, este gran amigo, presentamos a nuestros lectores. Ellos son algo así como la piedra de toque de todo su arte.

El primer cuadro de este tríptico es el titulado «La Mancha». La reciedumbre de las tierras de Criptana salta a la vista en este cuadro de una fuerza y un vigor ciertamente imposibles de describir. En medio de la lejanía augusta de la llanura los molinos levantan los trazos severos de sus cilindros con las boinas de sus caperuzas enhiestas y las cruces veleras de sus aspas desafiándose en la soledad calenturienta del mediodía. Las casas blancas—blancas como los gigantes del Quijote—están ahí quietas, cobijadas, recogidas unas junto a otras como si tuviesen miedo de ser vapuleadas por aquellas aspas como el inmortal Caballero y trituradas por aquellas muelas mugrientas, amasadoras de eternidades...

"La Mancha" (Cuadro de Gregorio Prieto).

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Albores . #22, 8/1948.

La cal está dentro de todos sus átomos, enconchada, pegada a su propia existencia. Y es que cal y luz son la esencia, el alma de la Mancha inmortal.

Los molinos de los primeros planos, y, más concretamente, este molino que parece adelantarse hacia nosotros, es en realidad quien lleva prendida toda el alma del cuadro, deshaciéndonos en un momento la impresión—¿impresionismo?—de la íntima conexión de gran parte de la composición pictórica de este magnífico cuadro. Así son y así están, en fin, los molinos de Criptana: aupados, *marchando a caballo* sobre tejados y chimeneas...

"Patio" (Cuadro de Gregorio Prieto).

Cal y línea luchan, luchan constantemente, hasta conseguir ese impresionante equilibrio que caracteriza la obra de nuestro pintor. La luz se filtra, dando vida y color a la obra.

Gregorio Prieto fué, pues, la lanza que abrió el camino a tantos pintores, que hoy pintan las arideces de nuestra tierra. Y ésta es, lector, una de las obras en que mejor ha plasmado su espíritu, adosándose, sobre la base de su propia personalidad, a las tendencias artísticas contemporáneas y a la templada fiebre de lo clásico. Cuanto decíamos últimamente en la revista valdepeñera «Balbuena», queda ampliamente confirmado.

* * *

El segundo cuadro es propiamente una obra de transición entre lo típicamente manchego y lo clásico. Lo clásico-clásico más exactamente.

Como todas las obras de Gregorio Prieto, habla bien claramente por sí sola.

En «Patio»—que este es el título de la obra que nos ocupa— la luz y la cal son los factores dominantes. Bien se aprecia lo dicho en la tonalidad diferente de los esconces, del arriate del árbol, más o menos intensa según la intensidad de la luz. La puerta misma que encontramos a la izquierda nos muestra a las claras una perfecta objetividad.

Hemos dicho que este cuadro era una obra de transición, ecléctica, y hemos visto lo que en él hay de propiamente manchego. La segunda parte llega ahora.

Tanto los tipos humanos centrales como las cabras—gacelas—que hay en el conjunto, tienen en sus líneas, como podemos ver, el perfil de lo clásico. Estas figuras no son realmente manchegas. Sujetando a las gacelas —que, por otra parte, por la delicadeza del dibujo, están también en un clasicismo infantil—, nos recuerdan a aquellas pitonisas de la antigüedad.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Albores . #22, 8/1948.

Incluso una de las figuras tiene bien patentes los rasgos faciales del tipo helénico. Es, pues, este cuadro como una Arcadia pastoril refinada en el cuadro rústico de un patio de la Mancha.

* * *

Nos decía hace días Gregorio que lo más acabado, lo más perfecto—dentro de lo perfecto y acabado—de toda su obra estaba en sus motivos clásicos griegos. La casi totalidad de esta obra es desconocida. Nosotros hemos podido comprobar cuanto nos afirmó y hemos podido ver, sin querer ofender a nadie, que Gregorio Prieto es la gran figura en vanguardia en nuestra pintura.

"Grecia" (Cuadro de Gregorio Prieto).

El tercer cuadro de este tríptico corresponde, pues, a este grupo. Es uno de estos «cuadros líricos que nos traen el recuerdo de las ruinas arcaicas», como dijera Starkie, el director del Instituto Británico. Las ruinas severas de la Grecia clásica aparecen a la luz titilante del crepúsculo, cara a la noche, en toda su espantosa soledad.

Aquí brilla todo el arte del gran pintor valdepeñero con las más genuinas características clásicas: equilibrio de conjunto, armonía de proporciones, pureza de líneas...

La línea, pues, está siempre viva sin conceder nada a trucos a veces tan corrientes como dejarla indefinida y confusa. ¡Clasicismo clásico! Creo que ustedes lo entienden...

Ahí están, pues, esos fustes cubiertos por el musgo, moliendo siglos como las muelas de nuestros molinos. Ahí están los blancos mármoles de difícil ejecución en las «ruinas arcaicas» de sus figuras mutiladas. Ahí, en fin, la figura central, magnífica en todo, con el paño que cubre su mano derecha, de un dibujo y un plegado difíciles de conseguir.

Esta es, pues, la línea, la ejecutoria pictórica de Gregorio Prieto, nuestra primera figura en el campo de las artes.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Albores . #22, 8/1948.

"Más que voz, más que ala, más que filo..."

«Au pur délice sans chemin.»
(Mallarmé).

Hoy llueve obsesivamente. Yo quiero hablar de Carlos Edmundo de Ory. En esta alma nuestra, la poesía, también llueve obsesivamente. Se nos va quedando un barrizal de sentimentalismo egoista. Miramos a las cosas: ¡Nada hacia nosotros! Y se nos levanta el soneto sin quererlo:

"Estoy cansado, lo que siempre digo."

En este día que llueve, el soneto es recuerdo de Carlos Edmundo y buscamos su más recargada poesía.

Sin embargo, yo me propongo hablar de lo otro. De aquello que, acaso, vosotros no conocéis. Que, acaso, nosotros tampoco conocemos. Pero que nos cabe la gloria de repetírnoslo constantemente, buscando—amando—su celeste astronomía.

CUANDO SUS PIES AZULES

A Carlos le han nacido los versos más limpiamente imaginativos que conozco.

La casa, el vaso y si la siempreviva
no se pusiera en flor y si tu cara
no se pusiera en flor y si dejara
la casa, el vaso y si muriera viva.

Pero él ponía siempre, al final, sus manos con lunas difíciles y se le bandía una raíz hacia el íntimo espejo. Era el Carlos de los «Versos de Pronto», desbordante, apasionado, ingenuo; casi romántico. Entonces, el verso le nacía turbio e impreciso en mayoría.

Qué le importa a la gente que yo muera...

Verso de pasión, a ella entregado, desbordante—de nuevo—y con aquel no saberse del todo así mismo en las últimas composiciones—¿discursivas?—que acompañaban a los sonetos. Recuerdo, sin embargo, unas liras purísimas; recuerdo...

«Versos de Pronto» debiera ser editado en un libro espacioso, de papel espeso, con grandes caracteres negros en páginas casi blancas. Debiera ser un libro amado. Se escaparían, entonces, de él las músicas que ahora encierra indiferente. Se nos darían como los cielos y como la tierra.

Yo no sé si sabréis que de las cosas del Universo Pitágoras sorbía una muy extraña música. Yo no sé si sabréis que todo canta abierto y grande, rodando por su órbita. Yo no sé si sabréis que todo emana música íntima, meollo de verdad, intacta geometría. No sé qué rumor pequeño, que acalla la pasión e inventa ojos nuevos y sorprendentes, y nos hunde—y nos eleva—y encontramos mágicas formas, perfectos mundos, luz y fe, verdad, en una palabra.

Yo estoy hablando de la esencia poética de las cosas. Manifestada—perdonad mi expresión—en el «tempo» de la frase, en su resonancia, en su eufonía. Lo épico hacia el nombre concreto vertido en el romance. Rubén hacía la palabra rica, luminosa, colorista, musical. Los parnasianos hacia términos íntimos, vagos, huidizos, de trasfondo esfumado, hacia una más delicada visión donde la vida es presencia de lo último en yo no sé qué «rumor de besos y batir de alas».

¿Y Carlos? En «Versos de Pronto» nacía ya aquella su música—¡ésta su música!—. Yo recuerdo unas liras purísimas. Y los versos más limpiamente imaginativos que conozco.

La casa, el vaso y si la siempreviva...

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Albores . #22, 8/1948.

Yo recuerdo.... Sí, extraña, entrañable música aquella. Las cosas se nos mostraban por vez primera plenamente, gozosamente en cueros. Los momentos se nos abrían sin su secreto—¿o es que se oía todo su secreto?

Cabía yo en el mundo y en tu mano
como un dormido pájaro y tenía
un racimo redondo de alegría,
para ti y para mí, como un hermano.

INTERMEDIO

La atardecida se hacía húmeda y escurridiza. No sé qué viento intentaba, contradictorio, darle precisiones. Hacia el balcón, por la calle, los transeuntes, levantaban su entrañable escultura. Tranvías nuevos resbalaban en silencio. Frontero, el «Cine Narváez», ponía un gran panal de luz rosa, húmeda también. Yo era una difícil sensación de manos y de sombra. A mi espalda el amplio ventanal derramaba su luz interior, gris de humo. Alguien gritaba dentro de su ingenuidad surrealista. Entonces, debí ver a Carlos. Le hablaba un corazón de amigo de siempre:

—Fernando: tú no ves a tus semejantes. Tú tienes que leer los periódicos. Aprendete los nombres de las calles. ¡Hazte un gran egoísta!

Luego, entramos. Se me hacía problemático el gesto. Inventé una expresión descuidada y se me acartonaba. Decidí hablar. ¡Nada! Después, sonreía molesto. Por fin, una idea limpia:

—Carlos, ¡muérete!

Y el buen Carlos, se levantó, puso sus ojos de un metal impreciso y luego cayó recto. Yo aplaudía.

Pasaba mucho tiempo. Aquello estaba huérfano de poesía. Yo, desde el principio, había vaticinado el punto muerto. Ya iba perdiendo mis dimensiones y el cuarto abandonaba sus simetrías. Se encogía con la tristeza oscura del cansancio. Frente a mí, una muchacha, más pequeña aun, salvaba sus ojos de un cristal bueno.

Llegó la despedida. Ya en la calle, Carlos tenía la inclinación de una amistad emocionada. Hablaba como si no tuviera barba de profeta. Estaba casi como yo, sin nada en el trasfondo:

—Fernando: este árbol, aquella mujer, esa casa, no tienen poesía; la poesía está en nosotros, los poetas...

Me volví y miré hacia atrás. El cielo a nuestra espalda, sobre los edificios altos, era de un gris suave y nocturno; nubes de guata blanda se esfumaban más todavía, sin volúmenes precisos. Sobre nosotros, suspendidas, gravitaban estrellas en redondo.

Entonces, debí hablar:

—La poesía es...

«ORO DE METEORO»

Carlos ha traducido ahora a Mallarmé. Las páginas de «Acanto» transmitieron, hace poco este nuevo triunfo del lejano maestro.

A Carlos, en efecto, le atrae el afán del viejo decadente. Se nos ha dicho lleno de «una inconmensurable música subterránea». Y confiesa que ha venido.

a la casa en que están los pensamientos
mintiendo un paraíso dulcemente terreno.

Como Mallarmé, parece mostrarnos su Universo sin otro fin que el de ser expresado. Como él, afina sus pupilas hacia más finas notas. Pero, frente a Mallarmé, se orienta hacia un mundo imaginativo, alegre, confundido, saltante y pimpante. Un mundo nuevo, liberante y conquistado. Donde lo normal es una posición cómoda y humana, libre ya de la cursilería ochocentista. Así nos explica:

¡Están mis ambas patas!
¡Ellas son las que comen tierra a gatas!
¡Por ellas cae la miel como en embudo!

Respetadle en esa su posición «seria y hermosa», lujosamente contemplando, con un porte búdico de «perfecta rana». Es así como Carlos crea su mundo, dándonos el sentido nuevo de las cosas, en una poesía abstracta y transcendente, lejos—acaso muy lejos—de la peripecia personal; Carlos asciende y se purifica, el mundo se acomoda y se alegra, entre ángeles y batracios, vivito y coleando, astral y enlodado, sin mentira, fecundo y pleno en su hundimiento. Y allí Carlos con su pata:

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Albores . #22, 8/1948.

Yo recuerdo.... Sí, extraña, entrañable música aquella. Las cosas se nos mostraban por vez primera plenamente, gozosamente en cueros. Los momentos se nos abrían sin su secreto—¿o es que se oía todo su secreto?

Cabía yo en el mundo y en tu mano
como un dormido pájaro y tenía
un racimo redondo de alegría,
para ti y para mí, como un hermano.

INTERMEDIO

La atardecida se hacía húmeda y escurridiza. No sé qué viento intentaba, contradictorio, darle precisiones. Hacia el balcón, por la calle, los transeuntes, levantaban su entrañable escultura. Tranvías nuevos resbalaban en silencio. Frontero, el «Cine Narváez», ponía un gran panal de luz rosa, húmeda también. Yo era una difícil sensación de manos y de sombra. A mi espalda el amplio ventanal derramaba su luz interior, gris de humo. Alguien gritaba dentro de su ingenuidad surrealista. Entonces, debí ver a Carlos. Le hablaba un corazón de amigo de siempre:

—Fernando: tú no ves a tus semejantes. Tú tienes que leer los periódicos. Aprendete los nombres de las calles. ¡Hazte un gran egoísta!

Luego, entramos. Se me hacía problemático el gesto. Inventé una expresión descuidada y se me acartonaba. Decidí hablar. ¡Nada! Después, sonreía molesto. Por fin, una idea limpia:

—Carlos, ¡muérete!

Y el buen Carlos, se levantó, puso sus ojos de un metal impreciso y luego cayó recto. Yo aplaudía.

Pasaba mucho tiempo. Aquello estaba huérfano de poesía. Yo, desde el principio, había vaticinado el punto muerto. Ya iba perdiendo mis dimensiones y el cuarto abandonaba sus simetrías. Se encogía con la tristeza oscura del cansancio. Frente a mí, una muchacha, más pequeña aun, salvaba sus ojos de un cristal bueno.

Llegó la despedida. Ya en la calle, Carlos tenía la inclinación de una amistad emocionada. Hablaba como si no tuviera barba de profeta. Estaba casi como yo, sin nada en el trasfondo:

—Fernando: este árbol, aquella mujer, esa casa, no tienen poesía; la poesía está en nosotros, los poetas...

Me volví y miré hacia atrás. El cielo a nuestra espalda, sobre los edificios altos, era de un gris suave y nocturno; nubes de guata blanda se esfumaban más todavía, sin volúmenes precisos. Sobre nosotros, suspendidas, gravitaban estrellas en redondo.

Entonces, debí hablar:

—La poesía es...

«ORO DE METEORO»

Carlos ha traducido ahora a Mallarmé. Las páginas de «Acanto» transmitieron, hace poco este nuevo triunfo del lejano maestro.

A Carlos, en efecto, le atrae el afán del viejo decadente. Se nos ha dicho lleno de «una inconmensurable música subterránea». Y confiesa que ha venido.

a la casa en que están los pensamientos
mintiendo un paraíso dulcemente terreno.

Como Mallarmé, parece mostrarnos su Universo sin otro fin que el de ser expresado. Como él, afina sus pupilas hacia más finas notas. Pero, frente a Mallarmé, se orienta hacia un mundo imaginativo, alegre, confundido, saltante y pimpante. Un mundo nuevo, liberante y conquistado. Donde lo normal es una posición cómoda y humana, libre ya de la cursilería ochocentista. Así nos explica:

¡Están mis ambas patas!
¡Ellas son las que comen tierra a gatas!
¡Por ellas cae la miel como en embudo!

Respetadle en esa su posición «seria y hermosa», lujosamente contemplando, con un porte búdico de «perfecta rana». Es así como Carlos crea su mundo, dándonos el sentido nuevo de las cosas, en una poesía abstracta y transcendente, lejos—acaso muy lejos—de la peripecia personal; Carlos asciende y se purifica, el mundo se acomoda y se alegra, entre ángeles y batracios, vivito y coleando, astral y enlodado, sin mentira, fecundo y pleno en su hundimiento. Y allí Carlos con su pata:

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Albores . #22, 8/1948.

Y creo que de cebra tengo un cuerno
y de llama una pata panacea
que se gasta en el alma y que se usa.

«EL ALMA QUE DIOS PUSO»

El alma es sólo, a veces, un afán de belleza, una confortante melodia. Orienta nuestra vida hacia el mejor aspecto de las cosas, abre sus mejores compuertas, y de este pequeño orbe de la cosa, se eleva, suave, aguda, imprecisa, la verdad más profunda. Así, ante la mujer, Carlos, por ella, ha orientado su temor a la caída, refugiándose en sí, para escuchar la más extraña de las músicas:

Se la cauda, el cuaderno de su terno;
pero tocar una hoja de su veste
no quiero, que es su trage...

Y así, cuando aparece el ser temido, es asustadizo y bueno

Ya sé que es ella, pero ¿tan temprano?

Y la aleja, casi no la cree, sorprendido, el buen Carlos:

Mas ¿si será en el sueño donde vuela
la delicada música que tala
la madera del hombre como un hilo?

Y ¡qué bellamente humana es esta alma del buen Carlos ante la «muy delicada música»: Así, ante esta mujer, lejana de tiempos y de espacios, muerta y pagana, a quien ha dicho:

Oh, muerta, parecías un juguete alamítico.
Tan blanca parecías una piedra torneada.
Tan fría parecías una sutil espada.
Tan muerta parecías un personaje mítico.

Pero el alma es siempre un destino de ultimidad. Carlos debajo de todo encuentra el sentido eterno y firme:

Oh, Bóreas, ¿sabes tú si Dios te guía?

Y nos dice del hombre que ensució sus palomares

Aquí está ese hombre, solo, en una tabla,
haciendo gestos ininteligibles,
llenando a Dios de oprobios y de agravios.

Y todavía más cuando olvida sus objetos entrañables—sapo, vaso, rosa, beso—, para decir las verdades difíciles:

Si bástanos con aplacar el paso,
con aplacar el alma que Dios puso,
para ganar el paraíso a peso.

Así es Carlos Edmundo. Parece libre, blanco, suelto como una nube. Acaso, sin embargo, hunde sus inquietudes en afanes de verdad. Pero como un pájaro alto levanta siempre su poesía. Dijo Juan Ramón Jiménez:

Arraigado ¡pero que no
se vea tu raíz!

Fernando Calatayud de Cáceres.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Albores . #22, 8/1948.

22 nos de 24 pags
muy ilustrados

20.000
2 vols.
Ciudad Real

N-7979 8

Ejemplar

GRATUITO

Imprenta "T. P. A."
ALCALA DE HENARES

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Albores . #22, 8/1948.